



En los países del tercer mundo los puentes se construyen para que se caigan y se los lleve la corriente, los precipicios están junto a los caminos para que se despeñen los autobuses cargados de peregrinos, los ríos no riegan nada pero sirven para salirse de madre y arrasarlo todo, las torenteras pedregosas con avispa y algún burro muerto bajo un anillo de cuervos en el cielo diáfano - seco del verano cuando llegan las primeras isobaras de otoño se hinchan de agua furiosa y lodo y se lo llevan todo a la mar, vacas infladas, chabolas, lugareños, algún turista rezagado, melonares, gallinas y enseres. Enseguida vienen las rogativas para detener las fuerzas de la naturaleza y se destapa la caridad pública. Como a los países del

LA RIADA

tercer mundo, a las regiones pobres Dios les suele dar buen tiempo y al cabo de unos días sale otra vez el sol, que seca el barro y los damnificados al rato ya están jugando al guiñote como si nada. Nuestro país no pertenece al tercer mundo.

El nuestro no es un país subdesarrollado. Los españoles tenemos más de mil dólares per cápita, aunque hay que reconocer que unos tienen más cápita que otros. Cuando atraviesas los pueblos con el coche apenas se ven ya viejas rodeadas de gallinas y nietos famélicos, ni abuelos vestidos de pana con la bragueta llena de moscas sentados en la solana del humilladero; se ve ya

algún tractor aparcado junto al tapial del tío Felipe y alguna tienda donde antes sólo se vendía sardinas de bota y cirios para las procesiones que ahora ya expende alguna cocina fagor para las fuerzas vivas. Por aquí se va perdiendo ya la cara de labriego natural y en las ciudades cada vez se consumen menos porras aceitosas al desayuno y se le entra más a la tostada, a la mermelada murciana con patente inglesa. Es cierto que de vez en cuando algún autobús de peregrinos se va al fondo del barranco, que en alguna ocasión se duerme un guardaguijas y dos trenes se despanzuran mutuamente en el páramo. Aunque esto se diluye mu-

cho con tanto embotellamiento y con tanta letra de cambio.

Pero cuando llegan las isobaras de otoño uno se pone a temblar. Con dos aguaceros rabiosos después de un áspero estío España pierde en un día la imagen neocapitalista tan duramente labrada a base de telediario. Llegan las aguas un poco fuera de programa y España en un instante ya se parece a un país del tercer mundo: vacas hinchadas de barro, cacerolas, ancianos desprevenidos, cosechas, colchones a rayas, todo desemboca furiosamente en la mar más cercana. Después viene la caridad pública y la tómbola de solidaridad. Pero al poco tiempo sale el sol y el paisanaje vuelve al guiñote en el bar. Y así hasta la próxima, que será el otoño venidero. ■ VICENT.

